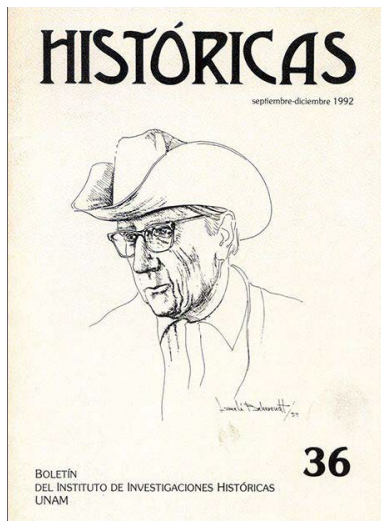




Artículo: Hidalgo y costilla y " el grito " del 16 de septiembre

Autor(es): Vázquez Mantecón, María del Carmen

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 36

Año: 1992

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Vázquez Mantecón, María del Carmen. "Hidalgo y costilla y " el grito " del 16 de septiembre" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 36 (1992): p. 47-59. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3796>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Hidalgo y Costilla y "El Grito" del 16 de Septiembre

*Para don Juan Ortega y Medina, in memoriam
Carmen Vázquez Mantecón **

La historiografía de la primera mitad del siglo XIX

Una generación importante para la historia de nuestra historiografía es la de algunos escritores que nacieron hacia el último decenio del siglo XVIII y que les tocó vivir durante la primera mitad del siglo XIX. Además de ser actores políticos, escribieron su versión para explicar y justificar sus actos. De ellos, unos se dedicaron a narrar la historia de la revolución de independencia; otros prefirieron la historia del México recién gestado. Algunos publicaron en el extranjero para cambiar la imagen errónea que se tenía de los mexicanos. Uno revisó el pasado para hacerlo responsable del presente trágico que vivían. Los menos escribieron con confianza en el porvenir.

Todos forman parte de la generación de criollos que, al ser consumada la independencia, se ocuparon en decidir el destino político del naciente país. Partieron de las ideas del siglo: del liberalismo, pero no todos le fueron fieles hasta el final de su carrera política. Desengañados después de la pérdida de más de la mitad del territorio hacia 1848, algunos se consolidaron en un grupo opositor conocido como "los conservadores". Unos y otros fueron los protagonistas de una nación que, por múltiples causas, no logró cuajar. En sus escritos es posible encontrar los motivos a los que atribuyeron el caos político que vivía México. Narraron la que consideraron su verdad. En el desenlace de los acontecimientos que nos cuentan, podemos ver cuál fue su intención y, al mismo tiempo, cuál su manera de pensar.

Un tema que preocupó a casi todos los historiadores de esta generación es el de la revolución de independencia y la herencia de ésta treinta o cuarenta años después. Resulta interesante preguntarles lo que pensaban, por ejemplo, sobre el momento en que Hidalgo inició la revolución.

* Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Un camino de búsqueda nos lo sugiere el historiador Andrés Lira al proponer que pueden ser buenos indicadores los instantes culminantes de la narración, la composición de ciertas escenas en donde los protagonistas, al hablar, traslucen cuál es la intención que inspira al autor. Lo que queda iluminado, más que el mismo acontecimiento, es —insiste Lira— la visión del mundo y la posición del que lo escribe.¹

Hoy los mexicanos reconocemos el 16 de septiembre como la fecha del aniversario de nuestra independencia. La ceremonia oficial se refiere año con año al "grito" de Dolores, grito que se renueva a las once de la noche del quince de septiembre, cuando aparece en el balcón principal de cada palacio de gobierno un jefe político, que nos convoca a lanzar vivas a la independencia y a los héroes que nos dieron patria.² Desde que cursamos la escuela primaria, aprendimos que en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, el cura de Dolores don Miguel Hidalgo dio el grito de libertad que inició el camino de la liberación de nuestra patria.

¿Cómo relataron este acontecimiento los criollos que escribieron por primera vez la historia de esa revolución? Sólo cinco de aquellos escritores se refirieron a esos hechos. Vayamos brevemente a recuperar sus palabras.

Las distintas versiones del "grito" de Hidalgo

El primero que escribe es fray Servando Teresa de Mier en su *Historia de la Revolución de Nueva España*, publicada en 1813 en Londres. Aunque no fue testigo de los acontecimientos que narra, esto no le impide dar su versión, según lo que ha leído en distintos periódicos. Lo que Mier relata es como para ser representado en un escenario. Imagina el diálogo que Hidalgo entabló con los hombres que acudieron a su llamado. Cuenta que al saber descubierta su conspiración, el cura de Dolores convocó al pueblo y lo arengó con estas palabras:

—No hay remedio, está visto que los europeos nos entregan a los franceses: Veis premiados a los que prendieron al virrey. . . el corregidor porque es criollo está preso; Adiós religión! Sereis jacobinos, Sereis impíos: Adiós Fernando VIII! Sereis de Napoleón. —No padre, gritaron los indios, defendámonos: Viva la Virgen de Guadalupe!, Viva Fernando VIII! —Vivan pues (dijo Hidalgo) y seguid a vuestro cura, que siempre se ha desvelado por vuestra felicidad.³

¹ Andrés Lira G., "Las palabras de Cuauhtémoc en la historiografía de los siglos XVI a XIX", en *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, núm. 47, verano de 1991, p. 61.

² En el nuevo libro de texto gratuito de *Historia de México, 1992*, se puede leer en la página 69: "En la madrugada del 16 de septiembre de 1810, el cura Hidalgo llamó a la gente desde el campanario de su pequeña parroquia de Dolores y dio el grito de libertad que inició el movimiento insurgente."

³ Servando Teresa de Mier, *Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella, con la relación de sus progresos, hasta el presente año de 1813*, 2

En su relato, Mier se retrata a sí mismo y nos muestra su modo de pensar. Vemos el ideario del criollo liberal que está en contra del poder de los españoles en América y que reniega de la presencia de los franceses en España. Defiende a ultranza la religión católica y sostiene que es falso que en Dolores se procediese en nada contra los europeos, que en ninguna parte se ofreció resistencia. Es —dice— una calumnia contra Hidalgo verlo como el incitador de la profusión de sangre.⁴ Según Mier es el pueblo el que grita vivas a la Guadalupana y al monarca español.

El segundo que da su versión es Carlos María de Bustamante, importante liberal centralista, en su obra *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana* publicado la primera vez en 1821. Cita el relato de Mario Michelena y escribe que el cura de Dolores quería venganza al mirar a su querido pueblo esclavizado y estaba decidido a conquistar la libertad de su patria. Cuenta que, al ser descubierto, se dio,

por las circunstancias del momento, *el grito* terrible que se propagó como la luz del crepúsculo por toda la América, grito que sobre ser de odio fue impolítico, y tanto más cuanto que se obraba sin programa o plan formado anticipadamente y que fue la causa de robos y asesinatos.⁵

Bustamante es el primero que habla del grito como sinónimo del llamado a la revolución, y no lo asocia a las palabras precisas que pudo decir Hidalgo o el pueblo que lo sigue. Señala la ausencia de un plan y los robos y saqueos que se dieron.

El liberal yorkino Lorenzo de Zavala publica en 1831 en París su *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*. Sigue en todo la opinión de Bustamante⁶ y agrega a su relato que, al momento de la matanza de españoles en Guanajuato, fue cuando se propagó el *grito* general: "Mueran los gachupines".⁷ Escribe que Hidalgo obraba sin plan, sin sistema y sin objeto determinado. Que su única base de operaciones, su bandera nacional, su código y su institución era la imagen de la Virgen de Guadalupe a la cual también se coreaban ¡vivas! Era —según él— un espectáculo de muchos muertos y heridos.⁸

Otro desterrado publica en París su historia en 1836. Se trata del liberal mexicano José María Luis Mora, quien da a conocer su libro *México y sus*

t., Londres, Imprenta de Guillermo Glindon, 1813; edición facsimilar, México FCE, Instituto Cultural Helénico, 1986, t. I, p. 293.

⁴ *Ibid.*, p. 296.

⁵ Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, México, Mariano Lara, 1843; edición facsimilar, México, FCE, 1985, t. I, p. 19-20.

⁶ Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, París, 1831; edición facsimilar de la segunda edición, México, Manuel de la Vega, 1845, México, FCE, 1985, p. 45.

⁷ *Ibid.*, p. 46.

⁸ *Ibid.*, p. 47.

revoluciones. Cuenta que, al ser descubiertos los conspiradores de Querétaro, el cura de Dolores

... recibió la noticia con la sangre fría que le era característica, y sin dar la menor muestra de temor ni de sorpresa, dijo a Allende y a Abasolo que estaba también presente, que la situación en que se hallaban no era para conferencias prolongadas sino para acciones decisivas, únicas capaces de salvarlos de pronto y de asegurar más tarde el éxito de la revolución. . . Era la media noche. . . y no había medios ningunos de acción. . . Hidalgo insistió en que era necesario hacerlo y no salir del pueblo sin dejarlo ya conmovido y pronunciado contra el gobierno y los españoles. Con diez hombres, de los cuales cinco eran forzados, se procedió a prender a los españoles del lugar. . . y dado ese paso del que se salió sin dificultad, se convocó a son de campana a los indios y demás clases del pueblo a quienes se anunció que la religión corría riesgo por parte del gobierno y los españoles y que se conspiraba contra ella y que era necesario salvarla a toda costa.⁹

Mora, en tanto crítico del fanatismo religioso, señala que ese llamamiento produjo el efecto que se deseaba porque los del pueblo eran supersticiosos y creían en su cura y, además, porque los ánimos estaban encendidos por ciertos ejercicios espirituales que se acostumbraban por septiembre en las parroquias de los pueblos de México, y que se conocían con el nombre de "desagravios". Cuenta que "la masa informe y desordenada" entró a la villa de San Miguel gritando *¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe, muera el mal gobierno, mueran los gachupines!*¹⁰

De nuevo aparece la masa como protagonista del "grito". Ahora se agrega otra frase más: "muera el mal gobierno". La seriedad que atribuye a Hidalgo nos recuerda al mismo Mora, quien fue adusto y de pocas palabras. No menciona los saqueos ni hace alusión a la falta de plan en Hidalgo.

Trece años después del relato de Mora, el político e historiador conservador Lucas Alamán escribe su versión de los hechos. Se basa en las declaraciones y en la causa abierta de Hidalgo, Allende y, sobre todo la de Aldama, cuando fueron hechos prisioneros, y en la relación que le hicieron algunos testigos que él considera fidedignos. Además, él estaba en Guanajuato cuando entraron Hidalgo y sus hombres. En el tomo primero de su *Historia de México* cuenta que, hacia las dos de la mañana del día 16, ya dormía Hidalgo cuando pasaron a su habitación Allende y Aldama para darle la noticia de que habían sido descubiertos. Mientras el cura se calzaba las medias dijo: "Caballeros, somos perdidos, aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines". Aldama le replicó: "¿Qué va V. a hacer?

⁹ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, Paris, Librería de la Rosa, 1836; edición facsimilar, México, FCE, 1986, p. 19-20.

¹⁰ *Ibid.*, p. 20-21.

Por amor de Dios, que vea lo que hace". El cura estaba resuelto y salió con ellos de su casa y con diez hombres armados que ahí estaban, hacia la cárcel donde liberó a los reos. Después hicieron prisioneros al subdelegado y a otros funcionarios y saquearon sus pertenencias. Era domingo y la gente acostumbraba oír misa temprano. El cura tocó las campanas antes de lo acostumbrado para reunirlos. El pueblo saqueaba las casas de los españoles y los llevaban a la cárcel. Al pasar por el santuario de Atotonilco, Hidalgo — que no tenía todavía un plan para dirigir la revolución — vio casualmente en la sacristía un cuadro de la Virgen de Guadalupe y aprovechó la devoción a la "santa imagen" para apoyar su empresa, convirtiéndola en "bandera sagrada de su ejército".¹¹

Según Alamán, la religión tenía el papel principal y, en las banderas de la revolución, la inscripción fue: *¡Viva la religión. Viva nuestra madre santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América y muera el mal gobierno!* Para el pueblo, todo esto quedaba simplificado con el grito de *¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!*¹²

No menciona un "grito" dado por Hidalgo. Más bien dice cuáles son las principales demandas del movimiento. De éstas, las que se volverán un clamor popular, le parecen a Lucas Alamán una reunión monstruosa, al unir la religión con el asesinato. Dice que ese grito de muerte lo oyó mil y mil veces siendo joven y que todavía resonaba en sus oídos con un eco pavoroso.¹³

Detalla todos los pormenores del principio de la revolución, porque cree que hasta ese momento — 1849 — los hechos no han sido narrados con verdad y exactitud y que han sido desfigurados hasta no reconocerse nada. Culpa a Carlos María de Bustamante de ser el promotor del "enorme error" de que en México sea fiesta nacional el aniversario de un día en que se cometieron tantos crímenes. Agrega que fue una revolución reprobada por la religión, la moral y la buena fe. Solemnizar el 16 de septiembre es, según él, poner como modelo lo que sólo es objeto de horror y reprobación.¹⁴

Alamán dice echar mano de las declaraciones de los insurgentes cuando fueron presos y, de hecho, cita abundantemente la de Aldama. Llega el momento de preguntarle al propio Hidalgo qué fue lo que él dijo y, más aún, qué fue lo que hizo aquella madrugada de septiembre de 1810. En su declaración del mes de junio de 1811, ya prisionero de los realistas, señaló que

¹¹ Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Mariano Lara, 1849, t. I; edición facsimilar, México, FCE, 1985, p. 374-377.

¹² *Ibid.*, p. 379.

¹³ *Ibid.*, p. 379.

¹⁴ *Ibid.*, p. 378.

... a las dos de la mañana del diez y seis vino don Juan Aldama diciéndole que en Querétaro habían aprendido a sus confidentes, en cuya vista en el mismo acto, *acordaron los tres dar el grito*,¹⁵ llamando para ello como a diez de sus dependientes, dando soltura a los presos que había en la cárcel, obligando al carcelero con una pistola a franquear las puertas de ella, y entonces les previno a unos y otros que le habían de ayudar a prender a los europeos, lo que se verificó a las cinco de la mañana del mismo día, sin otra novedad que las de unos cintarazos que se le dieron a, José Larrincia [sic] porque se iba huyendo.¹⁶

Es el mismo Hidalgo quien en 1811 dice que dieron el grito, es decir, que se decidieron a dar la voz de alerta para empezar la revolución contra el gobierno de los españoles en esta tierra. A la pregunta de que si él había asignado como armas de sus tropas la imagen de nuestra Señora de Guadalupe y la de Fernando VII, los inquisidores agregaron que seguro lo hizo por seducir mejor a los pueblos y, especialmente, a los indios devotos de esa "santa imagen" y de estar "muy imbuidos en los principios de una justa adhesión a su legítimo soberano". Respondió que *él no dio ninguna orden asignando armas algunas*.¹⁷ Que no hubo más, que al pasar por Atotonilco

tomó una imagen de Guadalupe en un lienzo que puso en manos de uno para que la llevase delante de la gente que le acompañaba y de ahí vino que los regimientos pasados y los que se fueron después formando tumultuariamente, igualmente que los pelotones de la plebe que se les reunió, fueron tomando la misma imagen de Guadalupe por armas, a que al principio agregaban generalmente la del Señor Don Fernando VII y algunos también la Aguila de México; pero hacia estos últimos tiempos ha notado que se hacía menos uso de la imagen de Fernando VII que a los principios. . . y que la ocurrencia que tuvo de tomar en Atotonilco la imagen de Guadalupe, la aprovechó por parecerle a propósito para atraerse a las gentes; pero debe también advertir que la expresada imagen de Guadalupe que al principio todos traían en los sombreros, al fin eran pocos los que la usaban.¹⁸

Las palabras de Hidalgo inscritas en la causa que se le formó pudieron haber sido consultadas por Alamán y, seguramente, las conoció Carlos María de Bustamante. A pesar de esto, ambos recrean su propio relato y agregan al episodio el humor de sus propias pasiones. Ni qué decir de Ser-

¹⁵ Subrayado mío. Se refiere a Allende, Aldama y a él mismo.

¹⁶ El nombre del español es José Antonio Larrinúa, "Declaración del cura Hidalgo, en ochenta y nueve fojas", documento núm. 2, en J. E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*, México, José María Sandoval, 1877, t. I, p. 9.

¹⁷ Subrayado mío.

¹⁸ *Ibid.*, p. 13.

vando Teresa de Mier que estaba en Inglaterra cuando escribió, y de Zavala y Mora que, aunque escriben en el extranjero, pudieron haber consultado esos papeles antes de salir del país. El padre Mier y José María Luis Mora coinciden en que durante el inicio de la revolución no hubo violencia y que el grito de guerra provenía de las masas. Carlos María de Bustamante es el primero que habla del grito de libertad de Hidalgo — sin decir cuál, tal como Hidalgo lo señaló en su declaración — y no deja de señalar la falta de programa y los robos y saqueos del estallido. Alamán, quien se considera a sí mismo el primero que hace un relato serio de esos acontecimientos, se refiere con amplitud a la violencia desatada por Hidalgo y no menciona ningún grito, ni de parte del caudillo, ni de parte de las masas; más bien se refiere a las inscripciones de las banderas de la revolución que atribuye a Hidalgo, y que, como se ha visto, Hidalgo niega. Todos coinciden al señalar la falta de plan en Hidalgo.



La acción revolucionaria de Hidalgo y el dilema ¿monarquía o república?

Al mediar el siglo xix los mexicanos, ya totalmente desengañados de su primer optimismo, volvían a hacerse la pregunta sobre el origen de su ser como nación. Los conservadores veían en el movimiento de Hidalgo un origen bastardo, una cuna indigna. Se consideraban independientes — y admiraban como todos a Iturbide — pero no reconocían como suyos los principios del primer levantamiento. Por su parte, los liberales escribieron sobre la enorme trascendencia que había significado para México el cami-

no de libertad abierto por Hidalgo, pero omitieron el relato detallado de los hechos violentos que implicó esa primera revolución.

Cuando en aquel tiempo se dieron a conocer las ideas de Alamán, el gobierno mexicano en turno —del liberal republicano José Joaquín de Herrera— se alarmó porque veía que el trasfondo de los conservadores, al denigrar a Hidalgo, era defender la necesidad de un gobierno monárquico para México. Para vindicar al ilustre caudillo de la insurgencia pero, sobre todo, para refutar a los monarquistas, no pidieron a ningún historiador que escribiera de nuevo la versión de los liberales —que ya la tenían desde Mier, Bustamante, Zavala y Mora. Más bien, usaron de la tribuna que les ofreció el entonces director del Colegio de Minería, José María Tornel —autodefinido como imparcial y que sentía imprescindible su presencia en todo acto público—, quien en la ceremonia de premiación de dicho Colegio, en noviembre de 1849, dictó un discurso memorable en defensa del origen digno de la revolución de independencia y, de paso, del sistema republicano. La función se desarrolló con gran magnificencia y solemnidad. Asistió el presidente de la república, sus ministros y una numerosa concurrencia que vio el colegio iluminado y adornado con guirnaldas. La prensa contó, al día siguiente, que había estado ahí “Todo México”. Sobre el tablado principal se podía leer el nombre de *Hidalgo* y la memorable fecha del *16 de septiembre de 1810*. Las tesis más importantes de ese discurso, largo y lleno de referencias a otros países, fueron que, aunque era mejor silenciar los crímenes cometidos, toda guerra civil estaba acompañada de desgracias y en México, en 1810, en uno y otro bando hubieron hechos dignos de reprobación. Tornel sostuvo que el ser del pueblo mexicano databa desde que se decidió a romper sus cadenas y ataduras, por lo que “el 16 de septiembre fue el primer día de nuestra existencia política”. Aclaró que el mérito de Hidalgo no rebajaba el de Iturbide. Cabe recordar aquí lo que Tornel había escrito en una inflamada proclama —que firmó junto con Antonio López de Santa Ana en 1821— a saber, que Hidalgo fue un héroe sin ventura, aunque su “grito de salvación o muerte fue repetido en Iguala por un héroe más dichoso”.¹⁹ Sin duda este político “imparcial” no tenía problemas para elaborar un discurso patriótico que, sin embargo, no reflejaba su verdadera manera de pensar.

La conclusión de Tornel en el Colegio de Minas fue que el 16 de septiembre era, por lo tanto, “la primera de nuestras fiestas y el orgullo de los libres”. En un tono que no adivinaba todavía lo profético que resultaría, anunció: “esa fiesta se repetirá de año en año mientras vivan mexicanos merecedores de las sangrientas conquistas de sus padres. . . es la fiesta

¹⁹ Antonio López de Santa Ana y José María Tornel, “Valor y constancia es nuestra divisa”, Orizaba, 18 de julio de 1821.

de los propugnadores de nuestros derechos y de los creadores del pacto de la gran familia".²⁰

Tocaría a los protagonistas de la generación que vivió durante la segunda mitad del siglo xix dirimir esas dos posturas, incluso en el terreno de las armas. Sabemos que triunfaron los liberales y que sus ideas son las que heredamos los mexicanos de hoy.

En 1822 una ley solemniza la festividad del grito

Seis meses después de la entrada del ejército trigarante a la ciudad de México, fue promulgada una ley que convirtió el 16 de septiembre en una fecha solemne. Convocaba a los "patriotas mexicanos" a celebrar el aniversario del "grito de independencia dado en la ciudad de Dolores". La fiesta empezó a ser conocida como "Función Cívica" y era costeadada por el pueblo con donativos. La de 1825, en la capital de México, es digna de recordarse. El programa decía: "... para solemnizar el aniversario del feliz grito de nuestra independencia y libertad". En ese año, la fiesta dio inicio a las doce de la noche del día 15 —para que no se perdiera el "carácter genuino de aniversario"—, pero sólo con repique general de campanas, salvas de artillería y cuetes. Al día siguiente, las campanas tocaron a vuelo desde las cinco de la mañana y despertaron a los "mexicanos patriotas", además de los disparos que atronaron el amanecer. La fiesta empezó con una misa de gracias en la catedral, a la que asistieron el presidente Guadalupe Victoria y los funcionarios importantes. Después, hacia el medio día, mientras el presidente recibía el besamanos de todas las corporaciones, salió de la diputación una procesión que se dirigió a la Plaza Mayor, en la que estaba instalado un gran tablado. El desfile fue de lo más variado, ya que se encontraban personas de rango, extranjeros distinguidos, unos frailes carmelitas —que abrieron la marcha—, seguidos por doce mujeres negras, al parecer de muy buen ver —vestidas con túnicas blancas de muselina, medias de seda, zapatos blancos y gorritos amarillos—, una tropa de esclavos y varios niños huérfanos de los héroes muertos en la guerra por la libertad. La ceremonia en el tablado fue, según un observador, "tiernísima",²¹ ya que Guadalupe Victoria entregó a los niños a un preceptor y, simbólicamente, puso en libertad a los esclavos en nombre de la patria.

En muchos balcones había iluminación y adornos. En el del cónsul inglés, un letrero decía "Amistad para siempre". Los fuegos artificiales en la Plaza fueron magníficos: uno de los castillos representaba a Fernando

²⁰ José María Tornel, "Discurso de J. M. T. en la distribución de Premios de Minería", 17 de nov. de 1849, en *El Siglo Diez y Nueve*, lunes 19 de noviembre de 1849.

²¹ Carlos María de Bustamante, *Diario de lo especialmente ocurrido en México*, viernes 16 de septiembre de 1825.

VII sentado en un trono. Prendieron fuego a su majestad, en clara alegoría de lo que en México se le deseaba. La figura del monarca aparecía también en un cuadro enorme, del que pendían algunos sonetos alusivos. En la pintura, estaba don Fernando en medio de una nube oscura y tempestuosa, de la que salían rayos disparados contra los pueblos libres. Sin embargo, nada podía contra una multitud de patriotas de ambas épocas, la insurgente y la independiente, que cubiertos con el pabellón trigarante, se burlaban de la tempestad.²²

El "populacho de bronce"²³ aguantó impávido un sol infernal en la mañana y un aguacero en la tarde, pueblo feliz para el que, además de los castillos, hubieron funciones de maroma. Las crónicas cuentan que no se vio a ningún español por las calles. Los catrines disfrutaron de un ambigú en "Palacio" y, algunos, remataron en la función de ópera, en cuyo intermedio se estrenó un baile llamado *Alusión al grito de Dolores*.

El presidente Victoria representó el papel del gran libertador y logró transmitir al pueblo la imagen de que era humano, popular y patriota. Los españoles no fueron convidados al festín. Los mexicanos, orgullosos y divertidos, quemaron la efigie del tirano en ese cuarto año de tambaleante vida independiente.

La tradición de festejar el "grito" a las once de la noche del día 15

Paradójicamente, fue el emperador Maximiliano de Habsburgo el que primero celebró el grito en la noche del día 15. Fue en septiembre de 1864 cuando se opuso a conmemorar a Iturbide, con el consiguiente enojo de los conservadores, según cuenta Vigil en el tomo v de *México a través de los siglos*. Rescató la figura de Hidalgo quien, según Maximiliano, sembró el germen de la independencia. Desde una de las ventanas de la que fuera la casa del cura de Dolores, a las once de la noche del 15 de septiembre, el archiduque austriaco dirigió unas palabras al pueblo y terminó diciendo: "¡Mexicanos, que viva la independencia y la memoria de sus héroes!"²⁴

La historiografía de la segunda mitad del siglo xix, que tiene en *México a través de los siglos* la primera síntesis de la historia patria, a partir del triunfo de los liberales ofrece una narración a colores de los sucesos de septiembre de 1810. El autor del tomo iii, Julio Zárate, declara que sus fuentes para dicho episodio fueron, entre otras, la *Historia de México* de Alamán, el *Cuadro histórico* de Bustamante, *México y sus revoluciones* de Mora, el *Ensayo histórico* de Zavala, el *Diccionario mexicano de geografía y estadística*, y las declaraciones de Hidalgo, Allende y Aldama.

²² *El Águila Mexicana*, viernes 16 de septiembre de 1825.

²³ Carlos María de Bustamante, *ibid.*

²⁴ José María Vigil, *México a través de los siglos*, México, Editorial Cumbre, 1958, t. v, p. 661 y 662.

Sin embargo, a pesar de las lecturas que dice haber hecho, Zárate recrea también su propia versión:

Eran las cinco de la mañana del memorable 16 de septiembre de 1810, cuando Hidalgo, a la cabeza del ya considerable grupo de insurrectos, desembocó en el atrio de la iglesia. El sol teñía vigorosamente la región oriental y sus primeros reflejos doraban las enhiestas cimas de las torres de Dolores; repicaban alegremente las campanas llamando a la misa del domingo, recurso que tuvo presente Hidalgo para convocar a sus feligreses. . . El cura arengó entonces a la multitud diciendo que el movimiento que acababa de estallar tenía por objeto derribar el mal gobierno. . . que en lo de adelante no pagarían ningún tributo y que a todo el que se alistase en sus filas llevando consigo armas y caballo, pagaría él un peso diario y la mitad al que se presentase a pie. Muchos de los que allí estaban se apresuraron a confundirse con los insurrectos y de aquella compacta muchedumbre salieron robustos los gritos de ¡Viva la independencia, Viva la América, Muera el gobierno. . . Así se proclamó la independencia de México.²⁵

Sucesos que se dieron a lo largo de la guerra son compactados por Zárate, como si hubieran ocurrido ese día glorioso. Lo interesante es, además, que se refiere al aniversario de la independencia, el 16 de septiembre, como "la fiesta que ha fortalecido la fe de los mexicanos en el profundo amor a la patria". Desde 1877, Porfirio Díaz instituyó oficialmente vitorear a la independencia a las once de la noche del día 15 de septiembre — día de su "santo" y su cumpleaños. En 1896 trajo la campana de Dolores al balcón principal de Palacio Nacional, bronce que sería repicado a partir de aquel día, después de las once campanadas del reloj de catedral, y que se acompañaría de un "grito" convocante de ¡vivas! a la república, la libertad y a los héroes de la patria.²⁶

Desde entonces, cada presidente ha dotado al "grito" de un contenido que refleja su cartilla ideológica. Además de nombrar a los héroes de 1810, todos han agregado algo que caracteriza en tan pocas frases a sus gobiernos. Carranza pidió ¡vivas! a Rayón, Matamoros, Mina y Guerrero, mientras la algarabía popular impidió que se oyera lo que gritó Obregón en 1921. Cárdenas lanzó un "¡Viva la Revolución social de México!" en 1937 y, al año siguiente, exclamó: "¡Cooperemos unidos por la paz y el trabajo para hacer un México mejor!" En plena guerra mundial, Ávila Camacho dijo: "¡Viva la libertad humana!" y, en 1944, pidió ¡vivas! para las instituciones. Desde 1962, López Mateos inauguró el decir "¡Vivan los héroes que nos dieron Patria!" Echeverría incluyó en el repaso de los protagonis-

²⁵ Julio Zárate, *México a través de los siglos* (primera edición: 1887), México, Editorial Cumbre 1958, t. III, p. 102-103.

²⁶ Fernando Serrano Migallón, *El Grito de Independencia*, 2a. ed., México, Miguel Ángel Porrúa, 1988, p. 152-153 y 155.

tas de la insurgencia a Benito Juárez y a su héroe personal, Vicente Guerrero, además de que en 1975 adicionó un "¡Vivan los pueblos del Tercer Mundo!" López Portillo, frente al nuevo discurso feminista, agregó a la Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez y voceó por "nuestra soberanía que nos da autodeterminación", palabra ésta que nos recuerda su proyecto político frente a la comunidad económica internacional.²⁷ Por último, Carlos Salinas agregó a la lista tradicional de nuestros próceres, vivas para los Niños Héroes.

Cuando Hidalgo dijo que "decidieron" dar el grito, se refirió concretamente a la voz de alarma que significaba el inicio de la rebelión popular. Los historiadores que narraron primero este hecho escribieron que fue la gente del pueblo la que gritó ¡vivas! y ¡muera! a la religión católica y al gobierno de los españoles, respectivamente. En su declaración, Hidalgo confesó que le faltó tiempo para idear un plan de acción. Sin embargo, a pesar de la crítica de los historiadores de la primera mitad del siglo xix al respecto, si analizamos lo que pudo decir en su arenga al pueblo convocado y en sus proclamas posteriores, podemos encontrar el móvil de su actitud.

Juan A. Ortega y Medina escribió que, en la libertad que anunció Hidalgo y en el programa de defensa religiosa, éste puso en marcha, "con ligeros retoques afrancesados, el viejísimo plan de restitución cristiana que desde hacía siglos se venía anunciando". Don Juan citó las palabras del mismo Hidalgo, en una carta que éste escribió el 21 de septiembre de 1810 al intendente de Guanajuato, Juan Antonio Riaño.²⁸ En ese documento, Hidalgo asienta que el movimiento de autonomía tenía que ver con una libertad encaminada a recobrar "los derechos santos concedidos por Dios a los mexicanos", sustraídos por los españoles desde la conquista, "que auxiliados de la ignorancia de los naturales y acumulando pretexto santos y venerables, pasaron por usurpar (a los indios) sus costumbres y propiedad. . . y los convirtieron a la degradante condición de esclavos". Ortega agrega que Hidalgo estaba del lado de la filosofía tradicional iusnaturalista cristiana española, de donde tomó el concepto de soberanía popular, y en su ánimo estaba poner el reino a la disposición de Fernando VII, prisionero de los franceses.²⁹

Epílogo

Durante la primera mitad del siglo xix se festejaban el 16 de septiembre, con la asistencia de los poderes públicos a misa de gracias, y también el 27

²⁷ *Ibid.*, p. 173, 175, 186, 191, 202, 212, 217, 219, 222 y 223.

²⁸ Ésta aparece en Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de independencia*, México, Empresas Editoriales, 1948, p. 64.

²⁹ Juan Antonio Ortega y Medina, "El problema de la conciencia cristiana en el padre Hidalgo", en *Filosofía y Letras*, México, UNAM, núms. 47-48, julio-diciembre de 1952, p. 205, 207 y 208.

del mismo mes, día de la consumación de la independencia por Iturbide. Los primeros festejos eran actos antiespañoles. Fueron los liberales Maximiliano y Días quienes inauguraron la ceremonia del "grito" a las once de la noche del día quince, dando su "espaldarazo" a Hidalgo —quien no fue tan liberal, según demostró don Juan A. Ortega y Medina—³⁰ y su total espalda a Iturbide, patrono de los conservadores derrotados. Paradójicamente hablaron de libertad y de soberanía, sobre todo Maximiliano, usando el "grito" de Hidalgo para legitimar su gobierno.

Cada 15 y 16 de septiembre —como lo profetizó Tornel en 1849— celebramos nuestra independencia. La ceremonia oficial pretende que Hidalgo gritó lemas específicos y es por eso que los gobernantes —renovados padres de la patria— se asignan el gritar oraciones que, con el correr del tiempo, se han ido adaptando a las circunstancias de cada quehacer político. Hidalgo no hizo más que convocar a la gente a rebelarse contra la opresión del gobierno colonial. Nuestra fiesta —que se ha ido alimentando a partir de la imaginación y de la pasión de los primeros escritores de la gesta insurgente— es la suma de tradiciones iniciadas en el relato sabroso de fray Servando Teresa de Mier y de Carlos María de Bustamante entre 1813 y 1821, coloreadas después por los vientos liberales y por nuestro propio desarrollo como país. Hoy por hoy reconocemos sin duda, en el llamado de Hidalgo, uno de los orígenes de nuestro ser nacional.

³⁰ *Ibid.*